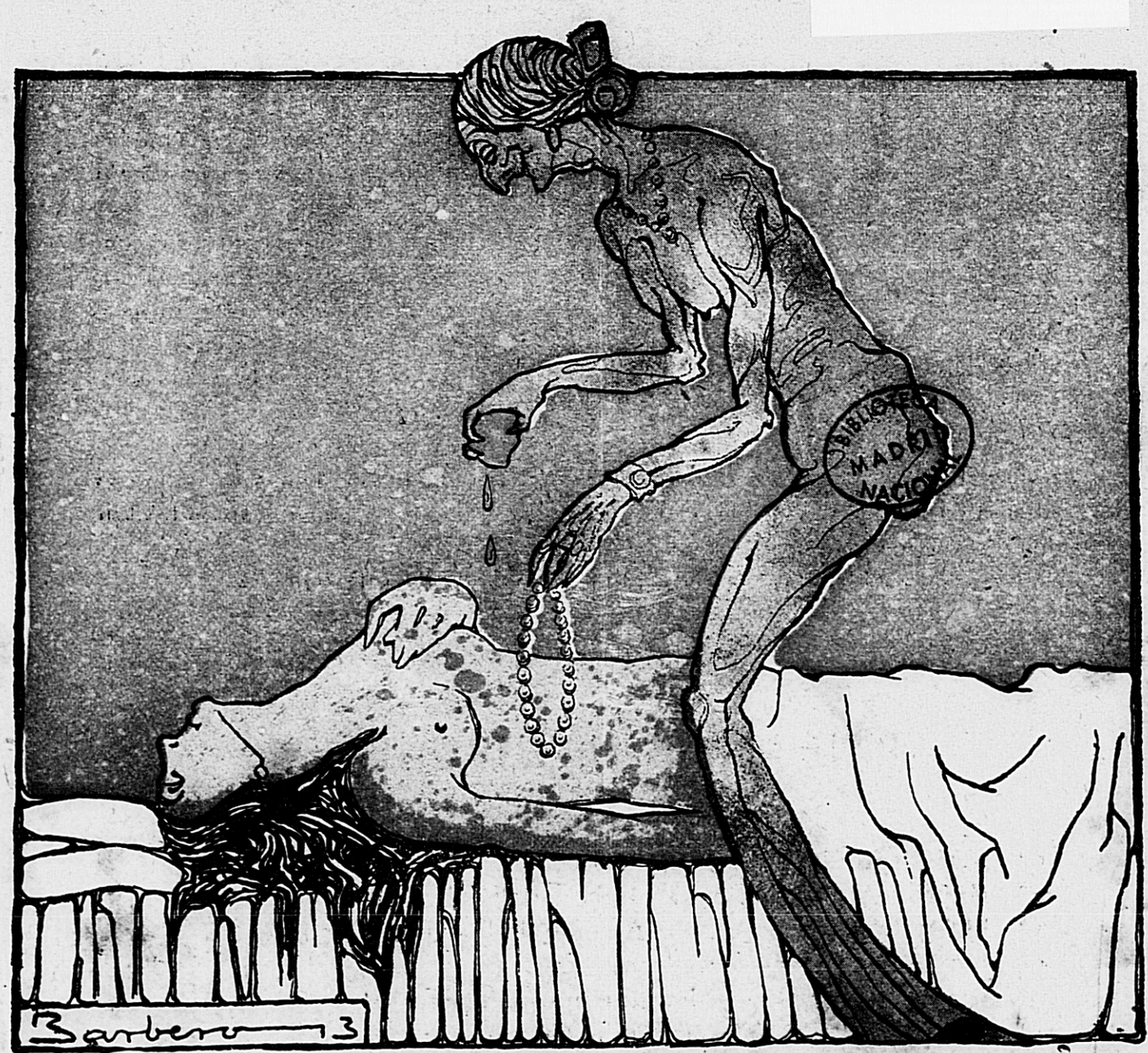
EL CUENTO GALANTE

POR LA RONDA DE VALENCIA.....

FERNANDO MORA

10 Céntimos

1
229962



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

AÑO I — 22 de Mayo de 1913. — NÚM. 7

EL CUENTO GALANTE
SE PUBLICA LOS JUEVES
...o, 24.-MADRID
...ILIO CARRERE

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Madrid y provincias: Trimestre, 1,25
:::: pesetas. Semestre, 2,50. Año, 5 ::::
Anuncios á precios convencionales.
NÚMERO SUELTO, 10 CTS.

1
229962

DIEGO SAN JOSÉ

En nuestro número próximo publicaremos una admirable novela titulada *Serafines de retablo*, de Diego San José.

Los *Serafines de retablo*, en su castiza jerigonza de la picaresca, no son sino las mozas de partido, princesas de picos pardos, damas de la aventura y carne barata en las tablajerías del placer.

Serafines de retablo es una novela de malas costumbres entre los donosos ascendientes de nuestras actuales golfas y de nuestros chulos pintorescos. Los más audaces atrevimientos están adornados por el ingenio de la frase y por el gran interés de la fábula.

Serafines de retablo es, tal vez, la novela más fuerte, mas descocada y más amena del joven é ilustre autor de *Rufianescas* y *Los hijosdalgo del hampa*.

Seguirán Répide, Valero Martín, Linares Rivas, Unamuno y Barriobero.

En vista del éxito de *La tristeza del burdel*, cuya edición hemos agotado, se publicará en breve otra novela de Emilio Carrere, que seguramente obtendrá tan lisongera acogida como *La tristeza del burdel*.

Muy pronto saldrá una novela inédita y autobiográfica de *Bombita*.

NUMEROS PUBLICADOS

1.° **¿Cuál de los dos?,** por Joaquín Dicenta.
2.° **Mi hermana Antonia,** por D. Ramón del Valle-Inclán.
3.° **El Capricho de Estrella,** por Antonio de Hoyos y Vinent.
4.° **Era El,** por Francisco Villaespesa.
5.° **Los Reyes pasan,** por Eduardo Zamacois.
6.° **La tristeza del burdel,** por Emilio Carrère.

R. 3335325

47/1705452

POR LA RONDA DE VALENCIA

A mi hermano José María.

I

Rosario se llamaba, y por su airoso andar y su menudito paso, decíanla «La Pajarito», y en verdad de Dios que le cuadraba el cariñoso remoquete, pues era alegre cual un gorrión y cantarina como un mirlo. Era su faz morena, sus ojos negros, y el menudo cuerpo, tan dibujado, tan frágil, tan vaporoso, que alguien dijo viéndola marchar:

—¡Anda la órdiga, si paece que vuela!


BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Quizá entonces naciera el apodo; que aunque eso de tener «alias» no es cosa buena, á ella le gustaba, y de ello encontrábase orgullosa.

En la fábrica de corsés del Progreso, hacía oficios de *ayudanta*, y hay quien dice, sin que ello lo pueda creer el cronista, que para la linda muñeca de cera que es anuncio del artículo y que se exhibe en el escaparate, sirvió de modelo Charito; y no lo cree, porque la expresión, el *ángel*, la gracia de la menuda morenucha, no está reflejada en la inexpresiva escultura, que vestida de odalisca unas veces, en rica «deshabillé» otras, es vigoroso incentivo de los viejos y mozalbetes de la barriada.

A tan linda moza no podía faltarle adorador, y era éste un joven guapo y rubio al que llamaban Pedro Luis, vecino á su vivienda y modesto empleado del Banco Español.

Antes que ella, salía del quehacer, y con precipitado andar iba á su casa, y cambiando el obligado gabancito por la pañosa chulesca, parábase frente al taller en que la niña laboraba; y minutos después de las ocho, uníanse, y calle del Mesón de Paredesabajo, llegaban á la Ronda de Valencia, y luego á la calle de Atocha, y muy cerca de las nueve, al núm. 5 de la Travesía del Fúcar. Pero antes de encerrarse y hacer entrega de su voluntad á la señora Damiana, su madre, gustaba la mocita, y al amparo de una puerta cochera de la simpática, por lo silenciosa, calle de San Blas, gustaba, digo, de terminar la charla, que no por ser siempre la misma, agradaba menos.

—Yo no sé lo que tienes, chiquilla, pero me pareces más bonita que anoche.

—¿Sí?—preguntaba con una sonrisa indefinible.

Sí; y para que me entere mejor, ven, ponte más cerca...; anda...

Y un beso sonaba discreto en la soledad de la pina calle.

Eran mozos y sabían quererse con ardores, aunque nunca pasó por la imaginación de

Pedro Luis el hacer con aquella mujercita, á la que adoraba, otras exploraciones amorosas que las de un fuerte abrazo, un sonoro beso ó un martirizante apretón de manos.

—Ya pronto me suben á veinte duros, y pienso que para Navidad me pongan los seis mil realitos, y entonces, entonces ¡mi vida! compro unos trastos, una camita de las más chicas, y te paso por la de la Pasa, y ya es.

—¡Pero de verdad, me quieres así?

—Más; más... que á nadie en el mundo... ¡Por éstas! ¡Ay qué felices y cómo se van á querer esta negrita y el rubiales éste!

Y de nuevo juntaban las bocas y de nuevo, por bajo del mantón, iban las manos á estrujar, más que á abrazar, el talle menudo de la enamorada.

Eran... Fueron, mejor dicho, muy felices. La madre de Rosario, enterada del noviazgo, se opuso á él, y todas las noches todas, sin faltar una, acudía á la plaza del Progreso en busca de la moza, que respetuosa, pero incomodada, iba junto á ella, sin decir palabra. Por la acera de enfrente, ocultándose, caminaba Pedro, fija la mirada en su novia, y pensando el por qué de tan sañuda prohibición.

—¡Yo soy bueno y trabajador—decía—, quizás haga carrera, y, sobre todo, ¿qué ambiciona esa buena señora?...

Muchas noches pasó en vela, y gracias al cotidiano trabajo, dejó de pensar algunas horas en aquella que amenazaba volverle loco de remate.

Una mañana que volvía de la oficina, y como siempre miró á los balconcitos del piso quinto, que era la habitación de su amada, quedó perplejo.

—¿Cómo? ¿Qué? ¿Han huido?

Unos papeles amarrados á los barrotes del balcón, decíanlo á gritos; pero no satisfecho, nervioso, entrose portal adelante, y ante la portera una vieja de afilada nariz y sonrisa mecánica, expuso Pedro su dolor, su duda, su amargo sufrimiento.

—Yo no sé na ¿sabe usté? Na más que lo que dicen; porque á mí ¿sabe usté? no me gusta meterme en vidas de nadie; porque una, está á lo suyo y na más ¿sabe usted?

Preciso fué que el mozo rebañara de los bolsillos unas perras, para que la cancerbera hablase. Milagro fué también el que hizo el dinero, que la vieja más humanizada, dijo cuanto sabía y algo más, que cual dardos de muerte fueron á clavarse en el acongojado pecho de Pedro Luis.

—Cálmese el señorito; la cosa no es pa entontilarse, ¿que se fué? hay más y más bonitas por esos mundos; y al respetive de qué pué pasar? Calcule usté; ella es guapa, aunque un retaquillo, y en el nuevo oficio, no le faltarán señorones, ni alhajas ni na; vamos, ni na...

No era posible aquello; su Rosarillo—como cariñosamente le decía—no podía haberle olvidado así, huyendo de su lado, para...

Y el pensamiento, temeroso de que su lengua lo dijese cesaba de maquinar.

—Pues sí, señor; su tía, la del teatro.

—¿Cómo? ¿Una tía? ¿Cómica?

—¿Le extraña? Pus es natural...

—No entiendo.

—Pus está claro; la señora ésa las ha encalabrinao, diciéndoles que la chica es una mina; que tié voz, y aquél, y na; que según me han dicho ¿sabe usté? está aprendiendo eso de la solfa, y eso de los bailes, y vamos, que no lleva camino de ser persona decente.

¿Para qué saber más? ¿Para qué seguir escuchando á aquella mala vieja, que parecía gozosa, zahiriendo á *su* Charito? ¿Para qué triturar el corazón, ni martirizar al cerebro con la pesadilla de sus muertas esperanzas, de sus ilusiones fallidas?

Anduvo errante; el sol pintaba en la calle silenciosa su oralino color; inconsciente; caminó en busca del portalón oscuro de la calle de San Blas, de la muda cochera que fué confesonario de sus amores; allí lloró su primer desengaño; allí creyó verla, envuelta en su airoso mantón de seda, riendo con bondad y mirándole con arrobamiento; de pronto, aquella puerta siempre cerrada se abrió, y del fondo negro vió Pedro Luis, con terror y angustia indefinibles, destacarse, negra también, la esquelética armazón de un coche fúnebre.

Huyó aprisa; la visión de su amor muerto le enloquecía, y sin volver la cabeza, fuese calle de Atocha adelante, hasta la plaza de Antón Martín, donde más tranquilo y deseoso de conocer algún otro detalle, embocó por la de la Magdalena y minutos más tarde aguardaba frente á la fábrica de corsés la salida de las operarias.

¿A qué iba allí? No lo sabía, y sin embargo aguardó; aguardó delante de la muñeca de cera, para la que dicen fué modelo Rosario; aguardó, fija la pupila en la pupila de cristal, y creyó ver, el iluso, que los ojos aquellos le acariciaban, que aquellos labios le ofrecían besos, y los brazos, en alto, le pedían un abrazo prieto, como aquellos que se dieran de noche en la oscura calleja.

Tan ensimismado se hallaba el cándido mozo, que no advirtió la presencia de algunas muchachas del taller, que reconociéndole y no atreviéndose á hablarle, dijéronse lo que de buena gana le hubieran comunicado.

—Dicen que Rosario ¿sabes?—casi gritaba una rubia menuda y bella—debutará pronto en el Trianón.

—¿Eh?

—¿De cupletista ú de bailaora?

—No te sé decir; pero lo mismo da, tié que enseñar las piernas; si no no hará tilín...; además dice su madre ¿sabes? que en cuanto pueda ser, que se la lleva á París de Francia.

—¡Y hará suerte!

—¡Quién fuera ella!

—¡Y que lo digas. Sortijas. pulseras, bueuas arracás, buenos trajes, súper de mantones...

—¡Calla, indina! que le pones á Dios los dientes largos.

—Y luego, llamarse «La Bella Charito».

—¡Ay; que cuando debute voy á ir yo á verla!..

—¡Y yo!...

—¡Y yo!...

—Y... ese pollo del gabán también—gritó la rubia, que con las demás compañeras, corrió riendo, casi volando, como bandada de gorriones que advirtiera la presencia del cazador.

Grande esfuerzo tuvo que hacer el buen Perico para no llorar como un niño. Sin amor, ¿qué iba á ser su vida? ¡Sin aquel ángel moreno, que sabía besarle, qué deseos tener! ¡Bah! No merecía vivir sin el calor de un cariño. ¿Para qué aspiraciones? ¿Para qué sufrir y luchar? ¡No merecía la pena! Y más consolado, más *hombre*, paseó bajo un sol benigno, que coronando los árboles, hacía que sus sombras, á lo largo de los troncos, fuesen luengos y oscuros mantos.

Las campanadas de un relój hicieron palidecer al muchaco.

¿Las tres? ¿Eh?

Consultó su reloj. Sí; eran las tres, y el loco enamorado, *animal de costumbre*, recordó la obligación, y á grandes zancadas huyó por Magdalena adelante, hablando entre dientes; pero ahora no decía:

—¡Rosario de mi alma! ¡Virgen de mis amores! ¡Corazón de mi corazón!...

Musitaba muy quedito:

—¡Veinte mil, á siete quince, libre; ciento cincuenta á cuarto! ¡Nortes! ¡Cambio á vista!...

Y siguió corriendo, galopando, en dirección á la Bolsa de Comercio, templo del agio, guarida de chalanes bien vestidos y mercado donde «Mercurio», «Dios de los comerciantes y los ladrones», es rey y señor.

II

Encarnación era en el teatro de Apolo *otra* segunda tiple. En su vida accidentada fué la *catedral* su refugio. Cumplidos treinta años, no aparentaba tenerlos, pues era esbelta, de airoso andar y tez rosada.

Cuando huyó de Valencia en compañía de un tenor cómico, bello cual Narciso y trapisonda como Tenorio, toda la familia, por unanimidad, la consideró cadáver; ¡quién dijera que años más tarde, al saberse que un alto personaje la protegía y amparaba, iban á variarse los pareceres, y su hermana mayor, madre de Rosarillo, la más irreductible de la raza, tendría que buscar amparo en la huída, y protección en *el amigo!*

Viuda, con la niña, y sin más amparo que sus manos, vino Damiana á la corte á ofrecer por tiendas y talleres sus conocimientos sastreriles. Graves apuros, situaciones desesperadas pasó; pero un día, por un recorte periodístico, enteróse que la *Chiqueta* (así llamaban á Encarna familiarmente), forma

parte de la compañía de Apolo, y tras pensarlo una noche muy larga, más larga porque el estómago vacío reclamaba su fuero. fué al teatro y abrazó llorosa á la segunda tiple, que emocionada también, la besó y acarició sin medida.

Gracias á la cómica, se niveló el presupuesto; gracias á la cómica—que no abrió del todo la mano, temerosa de un desengaño—pudieron trabajar, la madre en casa y en labor de las mejores sastrerías; Rosarito en la fábrica de corsés de la plaza del Progreso.

Por un recelo muy explicable, nunca dió Rosario á Pedro Luis noticia de tal parentesco, ni tampoco le hizo saber que muchas noches, y casi todas las tardes festivas, so pretexto de arreglar en casa la ropa de la semana, no salía al paseo y sí iba á encerrarse en el cuarto de «tía Encarna», donde disfrutaba grandemente y era obsequiada con largueza.

Una tarde que animada, familiarizada con aquel ambiente locuaz y picaresco, canto, fué aplaudida por los cómicos y cómicas vecinos al cuarto de Encarnación, y cuando ésta, haciendo elogios del gusto y delicadeza del canto, premió la prueba con un lindo imperdible de oro y la predijo un porvenir, si al teatro se dedicaba, por la imaginación de la morena cruzó un pensamiento que no tardó en ser realidad.

—No hay que ser rancios - dijo una tarde la tiple á su hermana -; la niña tiene una voz muy linda, y como haciendo corsés no va á comer ni aun lo que tenga apetito, déjamela á mí y verás cómo á la vuelta de un par de años me lo agradeces.

Con el beneplácito del alto personaje comenzó á seguido la linda «Charito» sus estudios.

—Tiple, no; se gana poco y precisa muchos gastos; ya ves, obras de tres y cuatro trajes y algunas de más; el cuplé es *lo* verdad hoy en día; con un par de equipos, arreglada; y duro y vengan billetes, ¡ya ves tú, la «Goya» cobra, por cantar media docena de cuplés, sus veinticinco duros largos de talle!...

No tuvo que vencer la tiple grandes escrúpulos; al día siguiente fué «Charito» á la *Academia internationale*, donde había de comenzar el aprendizaje de gran canzonetista.

El profesor, un viejo barítono de zarzuela, enseñaba á las alumnas gestos y actitudes, que al ser ejecutadas por él, eran de un grotesco y repugnante afeminamiento. A más de canto, aprendíase en la Academia baile de todas clases, que una gorda y famosa bailarina, amiga del barítono, era la encargada de enseñar.

A media tarde, y en la clase llamada de conjunto, reuníasen las discípulas y discípulos—que también los había—y sobre un tablado adosado al muro cantaban y bailaban las muchachas.

—Así—objetaba lleno de presunción el maestro—se acostumbran ustedes á pisar la tabla y así se van soltando, poco á poco.

Había entre los matriculados niñas de doce y catorce años, con el pelo recortado y la cara cubierta de polvos, que ya sabían guiñar los ojos con picardía y dar movimiento á sus pobrecitos cuerpos en consonancia con los cuplés ó bailes.

—Yo—se oía decir á una flacucha rubiales—quiero ser así... como... la Pastora, y tener brillantes y dinero, mucho dinero.

Y la madre, una mujer de cara alargada y amarillenta, sonreía escuchándola. Al lado, otra compañera de glorias dejaba que un muchachuelo como ella la hiciese revelaciones de positiva utilidad en su futura profesión.

Pronto se aficionó Rosario á la vida aquélla; de noche en el escenario, cerca de la tía, á la que ayudaba á vestir; por la tarde en la Academia, y de este tragín diario, y de esta diaria ocupación, el recuerdo de Pedro Luis, lejos, los amores de Pedro Luis olvidados, y lo peor de todo, era que la moza gustaba de los piropos de *telar* y los pellizcos de *entrecajas*.

Curiosa la muchacha, husmeaba por los pasillos, y ya era aquí, junto á la baranda, una pareja que se besaba; ya más lejos, cerca del guardarropa, un chulapo carpintero abrazando el talle de una corista rubia y mantecosa. Bajó al escenario, y tras el telón de foro, lóbrega calleja, topó cierta noche con el representante, que enseñaba con delectamiento á la benjamín de la compañía, vestida de muchacho, la manera más rápida de abrocharse y desabrocharse las prendas másculinas.

Otras veces, subía de puntillas hasta el último piso, y mirando por el ojo de la llave del cuarto de las comparsas, vió escenas y grupos que sólo una instantánea podría historiar.

En sus correrías de insana curiosa, acompañábala Milagritos, una moza de su edad é hija de una vieja corista que llamaban «La Cañas» por su delgadez de pantorrillas, y cuyo nombre y apellido eran Josefina Vidarte.

También Milagros, que era rubia y muy bella, estaba destinada al sacrificio. Con grandes apuros y explotando con el mayor recato sus restos de belleza, iba la corista educando á su pimpollo; la *niña*, como cariñosamente la nombraba, ofrecía ser una tiple cómica excelente, y todos los sueños, todas las ambiciones de la vieja madre, que ya tenía que teñir su pelo, eran que el capullo se hiciera flor, y que en pago á sus dolores y deshonras, bien encubiertas, pudiese tener una vejez tranquila y feliz.

Pronto las dos muchachas se hicieron inseparables, y la malignidad teatral, que es la más repugnante de todas, encontró ocasión para pensar, suponer, afirmar minutos más tarde, que en aquella amistad mediaba más trato que el del espíritu.

Como nada existe más soez que la chismografía de bastidores, tanto se habló de lo sospechado, que «Charito» se enteró, y llorosa, fué á contárselo á su amiguita.

—No, no llores; no hagas caso; lo dicen sin malicia... ¡Ven!

Y la rubia muñequita, con un cariñoso abrazo, la atrajo hacia sí, y unió con fuerza sus menudos y rojizos labios á la boca de la morena.

—¡Cómo me besas hoy!—dijo queriendo separarse de ella.

—¿No te gusta? Pues de ese modo me besa él.

—¿El?

—Sí, mi novio...

—Pero ¿ya?

—¿Qué creías? Já... já... já... Mi mamá piensa que soy tonta...

—¿Pero... quién es? ¿Le conozco?



—Sí... ¿Me juras no descubrirme?

—Te lo juro.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues es... Gonzalito, el actor cómico.

Rosario abrió los ojos con asombro; después se puso roja como una guinda y mirando al suelo no respondió á su amiga, que le preguntaba:

—¿Qué opinas? ¿Qué te parece?

La linda excorsetera, la bella morucha que minutos antes escuchara palabras de amor y recibiera un dulce beso del... novio de su amiga, pensó de pronto en su limpio taller, en su humilde Pedro Luis, en aquel paseo nocturno por la Ronda de Valencia, que tenía su final junto al portalón oscuro de la oculta cochera de San Blas, donde supieron amarla con fe y sinceridad grande, y en un minuto cruzó por su memoria todo el humilde pasado de sus amores, y al contraste, al choque de aquella verdad con esta farsa, de aquellas sonrisas de sol con estas muecas de payaso triste, sintióse acongojada y rompió á llorar con mucho desconsuelo.

Su amiga, mordiéndose los labios, sonreía.

III

Salía del Banco de España, donde dejó varia *talegas* de billetes: fué un encuentro inesperado, un choque rudo de miradas. Ella, acompañada de una dama ricamente vestida y un joven elegantemente trajeado, encaminose Prado adelante en dirección del Museo de Pinturas.

Al principio no la reconoció; aquel atavío señoril, aquel sombrero grande, adornado con cintas y flores; aquel andar engallado y coquetón, no le recordó de momento á la linda obrerilla que besó tantas veces, y sólo los ojos, los ojos negros, le dijeron del tiempo pasado y del roto amor.

Autómata, siguió sus pasos, y cuando tras subir la escalinata de piedra que da acceso á la envidiada pinacoteca, observó que ella, reidora, tomó el brazo del acompañante, pensó con honda tristeza:

—¡Pobrecita! la pierden...; será su sino... Ahora yo, á lo mío...

Y con prisa, atravesando por bajo las sombras de la arboleda que hace cintillo al obelisco del Dos de Mayo, entrose en la Lonja de Contratación.

Un presidio en *plante*; una plaza de toros voceadora; un mercado de abastos en motín, eran silencio de esfinge si de comparar se tratase su ruido, con el que dentro del edificio comercial había.

Pedro Luis cruzó los grupos indiferente.

—¡Tomo Ríos fin de mes!

—¡Cedo francos á cuarto!

—¡¡Interior, pequeños, á ochenta y cinco'!

Al pasar por el «parquet», una dama rubia le paró.

—¿Qué hay?—interrogó cariñosa.—¿Cómo viene Londres? ¡Diga! ¡Qué ingrato es usted!... ¿Baja, verdad? ¡Diga! ¡Ande!

Y cogiendo su mano fina y cuidada, le invitó á la confidencia. Aquella mujer de dorado pelo no le dejaba marchar, y clavando los ojos celestes en su cara, y dejando que sus dedos, distraídos, halagasen sitios de pecado, dijo con voz dulcísima:

—Esta noche vaya por casa; quiero obsequiarle con una tacita de moka.

— Iré—replicó tartamudeando el muchacho, que en tono más bajo añadió:—¡Veintisiete quince; tendencia al alza!

Los ojos azules, ardiendo en deseo y ambición, le miraron agradecidos.

Pedro acercose al pupitre de su jefe, que le hizo entrega de varios telegramas. Tuvo que hacer un supremo esfuerzo mental para que la figura de Rosario huyera de su memoria y pudiese entregarse á la delicada tarea de contestar la correspondencia telegráfica.

El ruido era cada vez más ensordecedor; frente á su asiento, el grupo de «americanos», esa piara de enriquecidos Dios sabe á costa de cuántos crímenes, voceaba y gesticulaba brutal, grotescamente. Pedro Luis traducía los despachos de clave; de pronto, fijó la vista en uno amarillento, y tras cotejar el texto con su carnet, alzó la vista en busca de su jefe; un guiño bastó; el superior jerárquico vino á su lado:

—¿No se ha fijado usted en esto, don Martín?

—¡Ay! No... Vea; vea en seguida á Ruiz-Torre y que venda minas... ¡ojo, no se huelan la cosa!...

Cuando Pedro, fingiendo indiferencia y contestando á varios saludos, llegó cerca del agente indicado. Don Martín, que le miraba marchar, dijo entre dientes:

—Es listo el muchacho; de buena me libra... y si se marcha el cajero, veremos de favorecerle...

Cuando á los quince minutos comenzó á saberse la noticia que confidencialmente trajo el despacho amarillo, la Bolsa rugió como un embravecido mar; el papel peligroso estaba vendido, y el gerente, un poco pálido, pero sonriendo, alargó al pobre Pedro Luis, que en aquel instante pensaba en Rosario, un cigarro de marca, al que hiciera escolta estas palabras:

—¡Hoy, *no lo hemos hecho mal!* ¡Fume, pollo!...

Un poco aturdido ante la inesperada confianza del superior, encendió el ensortijado puro y hundió de nuevo la cabeza en el fárrago de papeles que ocupaban el estrecho pupitre.

Los ojos negros, brilladores y absorbentes que un día miraron llenos de amor al infeliz y honrado muchacho estaban á aquella hora admirando los pícaros lienzos que el Padre Goya legó á la artista-humanidad.

—El tono de color es el mismo—indicó la señora elegante, que no era otra que Encarnación, mirando el traje de «La tirana».

—¡Estarás divina!—dijo el joven.

—¡Tengo un miedo! A medida que faltan menos días, tiemblo más.

—¡Boba! ¡Tendrás un éxito enorme! La gente ya desea conocerte. ¡Triunfarás!

—Y como éste...—*éste* era San-Torín, crítico de arte, introductor de todas las estrellas, amigo de todas las artistas, famoso y simpático muchacho, que sólo pedía confianza en pago á sus servicios.—Y como éste...—repitió la *segunda tiple*—me aprecia ¿verdad, Alejo? te servirá bien el reclamo...

—Esta noche, ya te conocerá el público...

—¿A mí?



—Claro, *te* sacará en el periódico...

—Eso es; sale tu retrato y tu alias.

—¿Mi mote?

—Eso es...

—No; no lo quiero; yo me llamaré Rosario; las malas mujeres sólo se cambian el nombre.

—Y las buenas también; las monjas, por ejemplo... además ¡Ro...sario! suena á... cosa de sacristía. Tu tipo, tus ojos, tu boca han de llamarse de otro modo.

—¡Claro!

—¿Y cómo he de llamarme?

— Igual que el cuadro más famoso que has visto.

—¿La Tirana?

—¿La Gioconda?

—No; ni tan chulón, ni tan espiritual; y al mismo tiempo las dos cosas. Te llamarás «La majita de Goya». ¿Eh?

La alegría, la satisfacción más grande asomaron á la mirada de Charito. Nerviosa, apretó la mano de aquel guapo joven que de tan linda manera la confirmaba. ¿Ella «La majita de Goya? Y en verdad, que pensando serenamente, no era un disparate; como ella, era de color y de ojos y de cuerpo; ligera como ella; linda, vaporosa, y el tono de su carne - recordábalo ahora con orgullo—semejante al de aquella figura menuda y grácil que mostraba serena su bello desnudo á la admiración de los siglos.

Admirando la recia musculatura del Marte, pintado por don Diego de Silva, quedó Encarnación: los jóvenes entraron en la salita de «Las Meninas».

¿Te gusta el apodo? — interrogó insinuador el periodista.

– ¡Oh, mucho! Gracias; es usted muy bueno; es usted muy cariñoso.

– Y tú... un diablillo, que me ha vuelto loco...

Una ojeada rápida; después un abrazo y aseguida, un callado beso.

Las figuras del famoso cuadro miraron con severidad á los irreverentes, que se besaron otra vez.

Un sol de caricia huía á su ocaso. Por el mismo camino que trajeran, volvieron los artistas, y otra vez, el bueno de Pedro Luis, cruzó cerca de Rosario, pero no se vieron; caminaban muy enfrascados en *conveniencias;* la diosa Fortuna, acordose en el mismo instante de los dos; ella sería famosa; él poderoso; ella mandaría en las voluntades, él en los negocios; quizá un día, encontrándose, pudiera comprar él la belleza de ella; quién sabe si la hermosa habría de ser vorágine de las riquezas que él soñaba conquistar.

A la noche, cuando Pedro, recordando la cita de la dama rubia, acudía á ella, oyó vocerío de vendedores de periódicos.

—¡¡Sangriento combate en Melilla, con los muertos y heridos que ha habido!!

Compró uno y leyó con alegría *financiera,* que era mayor el número de víctimas que lo que el telefonema amarillo indicaba, y recordando que, gracias á su celo, el jefe había *operado* con fortuna, se alegró doblemente, sin pensar en los infelices que allí sucumbieron, sin pensar en las madres que quedaban sin hijos, atento sólo á su bien, á su porvenir, á la carrera que podía hacer en aquel Banco donde prestaba sus servicios. Pero lo que no pudo la desdicha, el desastre, lo pudo un retrato de mujer que cerca del sangriento relato aparecía sonriendo.

—¿Cómo? ¿Ella? Sí... Ella es... Rosario, mi Rosario, *La Majita de Goya*—y quedó parado, indeciso, en medio de la concurrida calle.

Una mujer de pelo y labios pintados se acercó á él, y con sonrisa de mentido afecto le ofreció amor.

IV

No podía olvidarla; aquel primer amor quedó tan arraigado en su pecho, que sólo á trueque de morir podría arrancarse.

«Yo te adoro *aún*—escribió—; yo te ofrezco mi mano y mi corazón; quiero que seas mía solamente y no del público... Acuérdate, Rosarillo, de aquellas palabras que te decía paseando por la Ronda de Valencia; acuérdate también de lo que allí me juraste. Cuando de noche la paseo *solo*, me parece muy triste *sin ti*... Quiero verte; necesito hablarte...»

Con lágrimas muy amargas leyó Rosario la carta; pero no fué, no podía *ya* ir donde Pedro Luis la citaba, y disfrazando un sentimiento, ocultando un dolor *inconfesable*, contestóle así:

«Gracias, mi buen amigo; me debo al arte, que es mi afición de toda la vida; gracias otra vez, y que sea *usted* muy feliz. Siempre recordaré con cariño su afecto y nuestras distracciones de muchachos.»

Después lloró más. Aún no había pisado el áspero camino de la gloria y ya el dolor le hería con zarpazo cruel.

¡Qué diferente el amor de Pedro, al engañoso amor de Alejo! Aquél amaba con el sentimiento, éste con la carne, y si ofuscada, envenenada por el medio canallesco y ruin del tabladillo no se hubiera dado al periodista, seguramente, saltando por todo, hubiera acudido cerca del muchacho que tantas veces le esperó en la Plaza del Progreso á la salida del trabajo.

Cuando la criada fué á depositar la carta en el buzón inmediato, parecióle á «Charito» que con ella marchábase su alegría, su juventud, su vida entera.

Lloró, pero debutó al día siguiente y la aplaudieron mucho.

Con rapidez crecía su fama. De provincias llegaron beneficiosos contratos.

Fueron sus cuplés tarareados por todo Madrid, y como suprema gloria cantó ante personas reales en una velada femenina. La prensa voceó su nombre á gritos; fueron sus retratos publicados por todos los semanarios, y en los paseos, por calles y plazas, vióse admirada y adorada.

—¡Esa es «La Majita»!...—decía la gente—; y Rosario cruzaba sonriendo, satisfecha al parecer, pues era su sonrisa como la de Gioconda, que aún no se sabe si es de gozo ó de pena.

Por aquellos días de gloriosa apoteosis, una nueva desdicha vino á apenarla. Milagritos, su amiga y compañera de desventuras, estaba enferma y á su cuidado la vieja madre, la pintarrajeada histrionisa que, enloquecida, no se separaba de la doliente.

Sin previa autorización de la *mamá,* salió Rosario muy de mañana, y encaminóse á la vivienda de su amiga.

Por Carretas salió y luego entróse por Relatores en busca de la calle de Lavapiés. Una casona vieja y destartalada que existe al final de la vía, era en la que habitaba Milagros. Preguntó á la portera.

—¿Pero va á entrar la señorita?—interrogó curiosa.

—¡Claro! ¿Por qué no?

—¡Ah! ¿Pero no sabe? Tiene viruelas y de las peores... ¡digo, si parece su cara un acerico lleno de alfileres negros!

Un escalofrío galopó por la espalda de la moza; á punto estuvo de volverse, pero el afecto á aquella infeliz y el deseo de favorecer la miseria, la hicieron atravesar un patio sucio y maloliente y entrar en un oscuro cuarto que en el rincón y cerca de la letrina estaba

Al principio nada vió; la oscuridad lo impedía; momentos después pudo distinguir, sobre una estrecha cama de sábanas blancas, un rostro enfermo, plagado de pústulas negruzcas que manaban pus.

La vieja corista, atenta sólo á la enferma, iba secando las llaguitas con trozos de algodón. Las manos de la virulenta, antes blancas como azucenas, negreaban ahora con la podre que hervía en emanaciones malsanas.

—No, hijita, no decía llorando la Vidarte –; te sujeto las manos atadas las tenía á los flejes de la cama –para que no te *arrasques;* te pondrías fea... ¡Dios mío, fea no! ¿Qué sería entonces de mí?...

Y aquella mujer, que sin el colorete ni las pinturas de teatro era una ruina, siguió llorando y limpiando con los trocitos de algodón las pústulas negruzcas, que en el bello rostro de Milagritos eran nubes sombrías que empañaran la belleza del cielo.

Salió la tonadillera acongojada y llorosa; allá adentro quedaba la corista velando su porvenir. Si muriese Milagros, ¿qué sería de ella? ¿Qué fin el suyo?

Y estos pensamientos fueron para la moza motivo de nuevo dolor, que la hicieron pensar:

Esa mujer, dedicándose al teatro, gastó juventud en amores y fiestas; ahora, confiada en la hija de su pecado, piensa, egoísta, en la vejez. ¿Y si la niña muere? Cuánto mejor la hubiera sido huir de la farsa y haber amado á un solo hombre; tener familia, crear hogar...

Y lloró la gentil «Majita» la desgracia ajena y la culpa propia, y así fué hasta su casa, donde aguardaba el profesor para ensayarla un cuplé nuevo y dedicado.

Secó sus ojos, acercóse al músico, y con pícaro desgarro comenzó la letrilla, que decía de este modo:

Si temes que diga al mundo
que te quiero y que me quieres,
toma mi lengua dañina
y pártela con tus dientes.

V

Fué un capricho. Aquella tarde invitó á sus antiguas compañeras á una *cuchipanda* en el típico merendero de «Los Cipreses».

Nada de «menú» extranjero; cosas de la tierra y vino en frascos; podían ir también los novios y algún amigo que, aun no siendo novio, podía ser más. Nada de «finolerías», ni de madres puntillosas: alegría sana, horganillo á «to dar» y «avenencia» entre las comensales; de dar carácter á la fiesta ya se encargarán el sol, el vino, las risas y los cantares.

A una petición de Rosario, respondió la Ramona, antigua y buena emballenadora:

— No te puedo decir; pero me parece que no va á poder ser. El tié su ocupación tóo el día, y...

Yo le pondré una esquela; pero no, no quiero, y, sin embargo, deseo verle.

—¿No va al teatro?

—Por más que le busco por la sala, no le veo nunca. El ha sido siempre muy formal, muy decentito...

—O pué que esté ennoviao, y quizás por eso...

Quedó la moza triste, y con pena contestó:

—Puede que eso sea... ¡Déjalo! Así como así, iba á ser para penar. Conque, ya sabes: mañana, á las doce, sin falta. Díselo á todas.

Al día siguiente, sin bulla ni algazara, sin ostentación ni cascabeleo de mulitas en jaez, acudieron, las mozas de la fábrica de la plaza del Progreso, con su adición masculina correspondiente al merendero indicado, que recibió á la juventud con música de la castiza.

Cuando «Charito», que vestida y peinada como *entonces* se presentó envuelta en aquel mantón negro de merino, que tan guapa la hacía una salva de aplausos fué el saludo. El tabernero, hombre *vivo* y *de circunstancias*, paró el chotis que estaba sonando, y puso en su lugar, coincidiendo con la entrada de la «Majita», el cuplé famoso, que tanta fama dió á la tonadillera:

Vente conmigo á los toros,
vente conmigo, serrano,
pero atrázame con *juerza*...
¡Dame un beso de tus labios!...

Fué una comida alegre y feliz; el arroz gustó tanto como el cordero asado, y la merluza frita, y la ensalada con pimientos de los *morrones*, y al escabeche, y los huevos duros.

Bailoteo en grande, chicoleo á todo trapo, alegría sana y buena, de gente que sólo entiende de trabajar y de querer.

Los muchachos, al principio un poco temerosos, bailaron con Rosario, y ella, riendo, se dejaba piropear por *los suyos*, por aquellos que, de no haber saltado ella al arte, serían quizá sus novios, desde luego sus amigos.

Alguien pidió que cantase...

— No, eso no; cantar, en el tablado, donde era obligación; aquí no cantaba... reía nada más.

—¿Ni tanto así? preguntó un moreno, señalando la punta de una uña.

No quería; pero todos á una lo solicitaron, y tuvo que acceder.

—¡Como nosotras, por falta de pasta mineral no podemos oirte, pues queremos que nos regales un poco de tu *cencia*, ¿sabes?

Cantó, cantó como nunca, con más calor, con más cariño, con la voluntad de agradar más á aquellos muchachos que al público señoril, que aplaudiéndola, la deseaba.

El sol alumbró la escena; los pájaros, desde los copudos árboles acompañaron las canciones; la concurrencia, entusiasmada, aplaudía frenéticamente.

¡Cuánto gozó la artista!, ¡con qué rapidez pasó la tarde, y con qué pena vió hundirse el sol en las arboledas de la Casa de Campo!

Cuando volvía á su casa iba muy triste, parecíale que de la vida, del mundo suyo, un carcelero invisible, pero sin entrañas, la encerraba en una prisión, ricamente alhajada, llena de comodidades y lujos, pero prisión al fin.

Pensando en él quedó; al desprenderse de aquel mantón, al amparo del cual dióla tantos abrazos, sufrió angustia de recuerdos.

La criadita, una menuda y servicial muchacha, hizo entrega de un sobre: era carta de la Vidarte, en la que daba noticia de la enfermedad de Milagros, y pedía dinero.

—¿Cómo está, sabes?

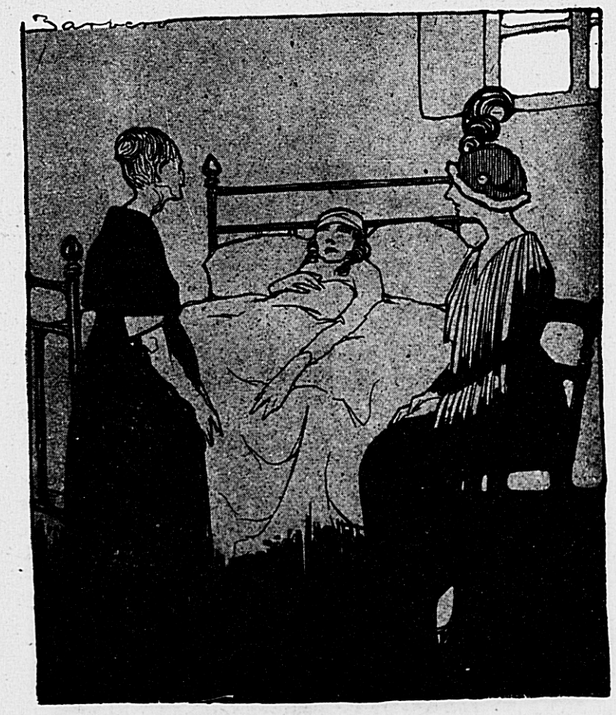
—La mujer que la ha traído dice que se salvará, pero quedando muy fea; á la madre la han despedido del teatro.

—¡Pobrecillas! Tengo que ir á verlas. Toma, envíales eso —y la dió un billete de Banco.

Sonó un timbre.

—Debe ser el señor — dijo la sirviente.

En efecto; era... El «Metralla», famoso matador de toros, inaguantable posseur, que las daba de elegante y artista, y no era otra cosa que un mozo bien vestido, que sabía callar á tiempo y sonreir constantemente.



Dejóse acariciar por la mano áspera del torero, y fingiendo una sonrisa, no tan bella como las de él, salieron de casa con dirección al teatro, donde en la sección de las ocho y media había de cantar y bailar la famosa «Rumba».

En tanto que tales cosas ocurrían, las simpáticas corseteras tornaban á sus casas, cantarinas y felices, recordando alegremente las horas pasadas junto á Rosario.

—No es orgullosa, ni ná; es lo que es, y ya ves tú, más llana que la palma de la mano.

—Y que lo digas; pero pa mí que no es feliz; la tira mucho nuestra pobreza.

—Y más que ná, el pollo aquel que se la bajaba por la Ronda.

—Eso me pienso yo...

—Y yo lo sé de cierto —dijo la emballenadora confidente. —A mí me ha encargao que le trajera; pero, cualquiera lo consigue; ya es tóo un señor de postín, y lo que es peor, tié su compromiso...

—Y ella, queriéndole entoavía.

— Con la entraña.

—¡Pobrecilla, entonces!...

—Sí que lo debe ser...

—Como que pa quererse no hace falta más que eso... quererse. ¿Verdá, tú?

Quien así hablaba era un mozo delgado y moreno, que antes de que la joven á quien preguntara contestase, ya la había estampado un beso en la mismísima boca.

Al ruido, las demás parejas rieron y protestaron, lo que no fué impedimento para que en la ocasión próxima, es decir, en la sombra próxima, sonaran muchos besos y muchas risas. El contento se tradujo en cantares, y el cuplé de «La Majita», la última creación, fué gritado por los alegres.

A aquella misma hora lo cantaba Rosario; pero su sonrisa era estudiada, su alegría fingida.

VI

El teatrito estaba totalmente ocupado; eran muchas las simpatías de «La Majita», y su elegante público la rindió tributo de aplausos y obsequios en aquella noche de su beneficio.

Con indiferencia glacial pasó el número de la «Bella Rubéns» y el baile exótico de

«Los Uruguayos», y sólo al aparecer Pepito Medina le aplaudieron, no tanto como otras noches, sus geniales imitaciones políticas; la matchicha que las «Hermanas Luz-Bell» cantaron y movieron, pasó con igual indiferencia que los números anteriores, y cuando la bella Rosario, vestida de maja, apareció en el tabladillo, un aplauso la saludó cortés y el silencio se hizo.

¡Qué bonita estaba! Sus ojos negros brillando como piedras de luz; sus labios frescos y rientes; su cuerpo ágil y felino; los pies menudos y azogados, que danzaban con tanta gracia como cuando un chulapo la llamó «La Pajarito», metiéronse ojos y corazón adentro, y la sala entera rugió de entusiasmo y aplaudió con estruendo.

Cantó el cuplé de «La Praviana», la canción «Marroquí», el fado «Mi amor», que emocionó mucho, y para final «El vente conmigo...», que tuvo que repetir dos veces.

Tanto aplaudieron, con tanto fuego la glorificaron, que dando las gracias y enviando besos con las puntas de sus deditos de rosa, prometió cantar más.

Se alzó de nuevo la cortina, y tras un segundo de ansiedad, apareció la hermosa con una larga caña de pescar y un corazón rojo, pinchado en el anzuelo.

Iba á decir con su picardía insuperable, con la gracia fina y discreta que era en ella originalidad, el atrevido cuplé de «La Pescadora».

Las frases de doble sentido que la composición decía, brotaban de sus labios con un fingido candor y una simplicidad tan bien imitada, que tapándose los oídos y mirándola, creyérasela en oración, más bien que canturreando obscenidades.

Puesta á un lado de la concha, dejó balancear el corazón rojo sobre las cabezas de los espectadores.

—¡A mí!

—¡Que estoy aquí yo!

—¡Dámele, reina de mis malos sueños!

Gritaban entusiasmados algunos pollitos y tal cual anciano libidinoso.

Como un péndulo danzaba el anzuelo y lo que á él iba pinchado; la orquesta preludió las primeras notas, y la artista, siempre sonriente, quedó pálida, seria, con los ojos clavados en un caballero joven de la primera fila.

¿Qué era aquello? Cesó la música; el público, de pie, miró intrigado; pero ella, diabólicamente, genialmente, sonrió, y haciendo una mueca graciosa, dijo al caballero joven:

¡¡Para usted es mi corazón!!—Y á seguida cantó el cuplé. Tantos gestos hizo y tan graciosos, que la sala entera rompió en un aplauso y quiso oir por segunda vez la tonada.

Era él, su Pedro Luis, al que un día amó con locura; él, que ahora venía á mirarla cara á cara desde su butaca. ¿Qué pensamiento le llevó frente á ella? ¿Herirla con desprecio? ¿Recordarla su honradez pasada? ¿Pedirla cuentas de aquel cariño que mató?

El público seguía aplaudiendo enloquecido, y tuvo que repetir la canción hizo; una nueva mueca que la gente rió, y como él la mirase serio, ella, cómicamente seria, dedicole el cuplé segundo.

Fué un choque de miradas; un diálogo sangrante y triste, que se disfrazaba con sonrisas pícaras y guiños de ojos negros.

Al finalizar, cuando el público ya puesto en pie la aplaudía, su boca chiquita se contrajo, pues advirtió que junto á Pedro, y cambiando palabras con él, había una señora joven y bella.

—¿Quién es? – se dijo en voz alta y que gracias á que la cortina había caído no oyó el público. – ¿Quién es? – volvió á preguntarse.

Entonces, rendida de tan fiera lucha, rompió á llorar; pero como el público aplaudía aún, tuvo que descorrerse el cortinón y saludó otra vez.

La sonrisa, el lloro, que la gente tradujo por emoción, hizo batir palmas en honor de «La Majita de Goya», que al mirar cómo una pareja de enamorados se alejaba pasillo adelante, lloró de nuevo y con más pena.

En el cuarto tuvo que sonreir á sus admiradores, que atentos y deseosos, la regalaban flores y la comían con la mirada.

—¡Ha estado usted suprema!

— Si Goya resucitase, pintaría la verdadera Maja.

—¡Gracias! ¡Mis gracias á todos! ¡Muy atentos! ¡Muy cariñosos! ¡Gracias!

Junto á los jóvenes, sonreía el diestro, que ya impaciente, esperaba la hora de «tomar el olivo».

— ¿Vamo ú qué?

—Vete—respondió agria la moza.

— ¿Cómo; qué ezo?

—Que te largues; estoy indispuesta...

—Pero...

— Lo dicho... Vete...

Y aquel hombre, que sonreía ante la muerte, y que aun herido sonreía, púsose serio, y sin replicar, todo el camino de su casa.

Doña Damiana, que no se atrevió á mediar en la disputa, siguió á Rosario, cuando con tono seco dijo:

— ¡Vámonos!...

Aprisa y sofocada llegó á la salida. Un grupo de jóvenes entusiastas la aguardaba para saludarla otra vez; era ese grupo eterno que con la diferencia de vestido, saca al torero en hombros, grita por las calles el viva de actualidad y desengancha los caballos del coche, donde vaya el sabio ó el histrión, y tira de él.

Otra vez tuvo que saludar y agradecer los parabienes.

—¿Vamos, mamá?—preguntó mandando.

—¿A pie, hija mía?

— Sí. No viene ningún coche. ¡Anda!

Antes de hacerlo, ojeó la artista los grupos.

—¡No está!—se dijo, y rompió á andar; pero metiéndose por entre los hombres que le daban escolta, apareció una vieja, que no era otra que Josefina la excorista.

—¡Ay, rica, hermosa!—la besaba las manos que tengas muchos triunfos y muchos de á mil.

—Tome; gracias, ¿y Milagritos?

— Mejor; muy mejor; se estima el dinero que me das; nos hace mucha falta; pero yo quería pedirte un favor, ¿sabes? Quisiera, si *tiés* entre los desperdicios, entre lo que no te valga, algún trajecillo de los viejos, de los que tengas desechaos.

—¿Un traje?

—Sí; uno de cupletista ó de bailaora; un guiñapo; cualquier porquería.

—¿Y para qué quiere usted eso? – preguntó cejijunta la tonadillera.

—¡Toma! ¿Que pa qué? Pues pa ella; pronto estará buena y quiero que debute; que gane.

Los negros ojos de Rosario fueron ascua; los dedos, garras, que sujetando á la pedigüeña la arañaron con furia.

La vieja, asustada, corrió calle abajo; los espectadores de la triste escena sujetaron á la moza, á la aherrojada, á la muerta para el amor, que gritaba estentóreamente:

—¡Mala madre! ¡Ambiciosa! ¡Guardias, prendan á esa mujer; quiere matar un corazón! ¡A la cárcel! ¡A la cárcel con ella!...

Fernando Mora

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Directorio Madrileño de Industrias, Comercio y Profesione

A plazos. Sastrería
GUIDOTTI Y NAVARRO
Elegante casa que también trabaja á plazos mensuales.
Carretas, 23 y 25, principal.

ANGEL CRECENTE
Taller de reparaciones de máquinas de escribir y calcular.
Cañizares, núm. 2, entresuelo.
Garantizo todas las reparaciones.

Grabador de moda
Rótulos esmaltados y sellos de caucho.
38, Montera, 38

Al todo de ocasión
Compro alhajas, antigüedades, encajes, telas, abanicos antiguos y aparatos fotográficos, pianos y pianolas.
FUENCARRAL, 45, TIENDA

Trust Mecanográfico
HORTALEZA, 11 y 13
"ROYAL" la mejor máquina de escribir.

MECANOGRAFO
CORRECTA ORTOGRAFÍA. OCHO AÑOS DE PRÁCTICA EN LA MÁQUINA «HAMMOND»
Desea colocación. Hace trabajos de copias á máquina y reproducciones.
ESPIRITU SANTO, 24, tercero

Farmacia de Ortega
León, 13. Teléfono 450
VINO DE PEPTONA
COMPRIMIDOS ALIMENTICIOS

Librería Hispano-Americana de la
VIUDA DE GREGORIO PUEYO
Envío de libros, periódicos y revistas á provincias y extranjero. Precios económicos. Catálogo gratis.
Calle de la Libada, núm. 19.-Apartado 322.-Madrid.

ESCUELAS INTERNACIONALES POR CORRESPONDENCIA

INSTITUCION CERVERA ● ● ● VALENCIA (España)
Escuelas libres de Ingenieros Electricistas, Ingenieros Mecánicos, Ingenieros Mecánico-Electricistas, Ingenieros Agrícolas, Electroterapéuticos, Arquitectos constructores, Telegrafistas Navales
IDIOMAS CON PRIVILEGIO EXCLUSIVO POR 20 AÑOS. PATENTE NUM. 48.482

Estas escuelas se hallan establecidas al amparo de ley. El documento oficial que las autoriza se halla en el despacho del director á disposición del público, y se remite copia de dicho documento, legalizado ante Notario, á todo el que se dirige á las escuelas pidiendo datos y reglamentos.

Son las Escuelas más importantes de Europa en su clase. Su nombre y fama son universales.

Tiene numerosos alumnos en España, los tiene en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Portugal, en Bélgica, en casi todas las Repúblicas americanas; en México, en Perú, en Colombia, en la Argentina, en Uruguay, en Salvador, en Cuba, en Brasil, en Chile, en Ecuador. Su crédito es debido á la seriedad y fama de su culto, inteligente y numeroso profesorado, y al nombre conocidísimo de su Director, D. Julio Cervera Baviera, fundador en el año 1903, en España, de las primeras escuelas libres de Ingenieros y del sistema por correspondencia.

El Director, D. JULIO CERVERA BAVIERA, Ingeniero militar retirado.—Ex Comisario Regio, Director de la Escuela Superior de Artes é Industrias de Madrid.—Condecorado por el Estado.—Miembro honorario de la Real Sociedad Geográfica Española.—Ex Diputado á Cortes por Valencia.—Member of the «American School of Correspondence».—Miembro del Congreso Nacional de Viticultura, etcétera, etc., etc.

En estas escuelas pueden cursarse todas las carreras arriba indicadas, por correspondencia, sin que el alumno tenga que salir del lugar de su residencia ni abandonar su hogar.

Para más informes, detalles y matrículas, dirigirse siempre de la siguiente manera:
(España). SR. D. JULIO CERVERA BAVIERA, Ingeniero, Valencia.

Establecimiento tipográfico de JUAN PUEYO.—Calle de Mesonero Romanos, número 34.—MADRID